



El Espíritu de Cristo clama en nosotros: ¡Abba! Padre **Jornada *Pro Orantibus*, 7 de junio de 2009**

El domingo de la Santísima Trinidad celebramos la Jornada *Pro Orantibus*, es decir, el Día de los que moran en los monasterios de vida contemplativa, con la mirada puesta en sólo Dios.

Estos religiosos y religiosas han recibido el don de la vocación divina para una vida de especial consagración: viviendo el Evangelio, están dedicados de un modo total y exclusivo a Dios, sumamente amado, en la contemplación y oblación de sí. Por eso, su unión personal con Cristo es silenciosa fecundidad que impulsa en el Espíritu Santo el palpitar del corazón de la Iglesia y el mundo. Como dice el Concilio Vaticano II, sus vidas “enriquecen al pueblo de Dios con frutos espléndidos de santidad, arrastran con su ejemplo y dilatan las obras apostólicas con una fecundidad misteriosa” (Perfecta Caritatis 7).

Hemos de agradecer a Dios en este día el don de sus vidas y rezar por ellos y por ellas, que incansablemente oran por nosotros. Nos recuerdan, a su vez, la necesidad de dar prioridad a la oración. Porque cuando nuestra oración es superficial o no encuentra espacio en la jornada, corremos el riesgo de movernos sin sentido. Dice Jesús: “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

¿Cómo rezar? Deja al Espíritu Santo que ore en ti

En el libro “*Cruzando el umbral de la esperanza*”, se recoge que preguntaron un día al querido Papa Juan Pablo II: ¿Cómo reza el Papa? Su respuesta puede parecer sorprendente: “¡Habría que preguntárselo al Espíritu Santo!”. A continuación explica: “El Papa reza tal como el Espíritu Santo le permite rezar... Basta que el hombre no ponga obstáculos”.

Aquí está proclamada la “buena noticia” de la oración cristiana: “Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!” (Gal 4,6).

En diversos momentos, los evangelios presentan a Jesús orando. ¿Cómo rezaba? ¿Qué hace y qué dice Jesús en la oración? Como Hijo, trata íntimamente con el Padre, en un balbuceo amoroso de ternura infantil, para conocer y hacer en todo su voluntad: “¡Abba! Padre... no sea lo que yo quiero sino lo que tu quieres” (Mt 14,36).

Cuando los discípulos le ven rezar quieren aprender de Él: “Señor, enséñanos a orar” (Lc 11, 1 ss.). Jesús les responde: “Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en el cielo...”.

San Pablo, cuyo Año Paulino estamos finalizando, tiene experiencia de que el Espíritu Santo habita en él (cfr. 8,9; 1Co 3,16) y ora en nosotros con gemidos inenarrables (cf. Rm 8,26). Tocado por la Misericordia, quiere dejarse guiar por el Espíritu de Dios para no vivir como esclavo y con temor, sabe que por el bautismo hemos “recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: “¡Abba!, Padre” (cf. Rm 8, 14-16). Es el “Espíritu de Jesucristo” (Flp 1, 19) que le inspira esta contestación: “para mí la vida es Cristo” (Flp 1,21).

La oración cristiana produce en nosotros una configuración progresiva con Jesucristo que, como don de Dios, nos une en alianza de amor, en comunión filial de vida trinitaria. La persona humana, a impulsos del Espíritu Santo, se hace capaz de dirigirse a Dios con la misma palabra que Jesús, Hijo de Dios, decía a su Padre: *Abba*. Audacia filial que se abandona en el corazón del Padre con total y absoluta confianza.

Y como el amor tiene la cualidad de unir siempre, por el Espíritu se logra una unión con Cristo que está orando en nosotros al Padre. Nos vamos transformando de esta manera en su misma imagen, “así es como actúa el Señor, que es Espíritu” (2Cor 3,18). Vamos siendo más cristianos, es decir “Cristo”. Hasta poder decir con toda verdad: “El Señor nuestro Jesucristo, Hijo de Dios, escribe San Agustín, es aquél que reza con nosotros, que reza en nosotros y que es invocado por nosotros” (*Enarrationes in Psalmos 85,1*).

“Contempladlo y quedaréis radiantes” (Salmo 34,6). Al contemplar el rostro de Cristo nuestra vida transparenta cada vez más su luz de amor y verdad. Deja ver a Cristo en la debilidad humana del orante, pero por el que actúa, con eficacia salvadora, la gracia de Dios y su Espíritu que da vida en abundancia.

La Persona divina, Dios y don de Dios, que es el Espíritu Santo, nos sitúa en el dinamismo del amor trinitario: “la esperanza no falla, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5). Somos empapados en el amor de Dios para hacernos vivir de Amor. Así se entiende que San Pablo, dominado por el Espíritu Santo, viva urgido por el amor (cf. 2Cor 5,14). Por eso podemos vivir el mandamiento de Jesús: “Amaos como yo os he amado” (cf. Jn 13, 34). Al dejar que el Espíritu Santo ore en nosotros, se hace presente en el mundo el Amor misericordioso de Dios. Nuestro pensar y querer están en sintonía con Dios que nos mueve a amar a los hermanos como Jesús nos ha amado. “El que se une al Señor, es un espíritu con Él” (1Cor 6,17). Y ama entrañablemente como nos ama Dios.

Una auténtica oración en el Espíritu produce la creciente caridad, y por tanto, es el verdadero medio para la unidad. Nos abre hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano. El clamor interior: “¡Abba, Padre!” nos hace vivir en fraternidad. Incluso, cuando vienen los momentos de oscuridad o aridez espiritual, el Espíritu Santo es fuerza, luz y calor de nuestra oración “débil”. De este modo, la “oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre” (*Novo millennio ineunte*, 33).

Aquí radica la verdadera vida contemplativa de los monjes y monjas, que es posible para todos. Se funda en el dominio del Espíritu Santo que nos une a Cristo para vivir activa y amorosamente como hijos del Padre. Con un corazón enamorado que vive en el Dios Amor Trinidad, buscando en todo cómo agradarle, cómo hacer su voluntad y cómo actuar en la presencia de Dios las veinticuatro horas del día. Dejemos, pues, que el Espíritu Santo nos mueva, nos guíe, nos domine, purifique nuestro amor de todo otro amor que no sea el Suyo.

Una vida de amor

En la vida de los contemplativos por definición la oración tiene importancia grande: es el centro de su vida. Una oración que es vida en el Espíritu Santo, es por tanto una vida de enamorados, es decir de vivir en-amor, vivir en Dios Amor. “Me has seducido, Señor, y me dejé seducir” (Jer 20,7).

Cada monasterio de vida contemplativa, como dice el Papa Benedicto XVI, es como “un oasis espiritual, señala al mundo de hoy lo que es más importante, en definitiva, la única cosa decisiva: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su Amor”.

Varias veces al día se reúnen para adorar y alabar a Dios en nombre de la Iglesia y a favor del mundo. Mientras, el Espíritu Santo transforma sus vidas en constante ofrenda permanente con Cristo que ora en un amor incesantemente: “¡Abba, Padre!”.

Perseverando en la oración con María, la Madre de Jesús, invocan la perenne efusión del Espíritu (cf. Hch 1, 14). Y con el gozo de la fraternidad, reviven y continúan en la Iglesia la obra de María, Virgen y Madre, que se abandonó a la acción del Espíritu Santo y le dejó hacer su obra de Amor: Jesús para el mundo. Su entrega es total y su docilidad plena. Las palabras de María: “He aquí la esclava del Señor,

hágase en mí” (Lc 1,38), la transformaron a Ella en total entrega de amor en servicio a los demás, la convirtieron en colaboradora del misterio de la Redención.

Vida de oración que irradia vida de amor. Es el clamor del Espíritu en el testimonio de la vida consagrada contemplativa.

Apreciemos estas comunidades religiosas, -tenemos 13 en la Diócesis- y ayudemos para que se mantengan fieles al don de Dios recibido. Supliquemos al Señor que les conceda abundantes vocaciones, que descubran, como ellos y ellas, la felicidad sponsal de una vida “escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3).

Finalmente, permitidme que os invite a acercaros a estos lugares de paz y silencio lleno de Dios. En ellos se aprende el arte de la oración, el arte de amar. Y así, al beber en el manantial de Dios Trinidad, podremos todos seguir nuestro camino, dejando huellas de amor, guiados por el espíritu de Cristo que clama en nosotros: “¡Abba, Padre!”.

¡Cuántas son las lecciones que nos dan los contemplativos! “Quisiera volar por el mundo –escribía un día frío de diciembre el H. Rafael, pronto San Rafael- gritando a todos sus moradores...¡Dios!... Sólo Él. ¿Qué buscáis? ¿Qué miráis?... Pobre mundo dormido que no conoce las maravillas de Dios!”

Con sincero y fraternal afecto,

A handwritten signature in black ink, consisting of a small cross followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante